

El hombre del traje de color castaño se contemplaba en el espejo que había detrás de la barra. La reflexión parecía interesarle más que el vaso que tenía entre las manos. Sólo prestaba una atención superficial a los intentos de conversación de Lyman. Tal vez llevaban quince minutos así antes de que alzara su vaso y tomara un profundo trago.

—No mire ahora —dijo Lyman.

El hombre del traje castaño miró de reojo a Lyman. Incluyó más el vaso y volvió a beber. Los cubitos de hielo se deslizaron hacia su boca. Dejó el vaso sobre la barra pardo oscura e hizo una seña para que volvieran a llenarlo. Por fin, inspiró profundamente y miró a Lyman.

—¿No mirar el qué? —preguntó.

—Había uno sentado detrás de usted —aclaró Lyman, guiñando uno de sus vidriosos ojos—. Acaba de irse, ¿No pudo verlo? El otro hombre pagó su refresco antes de responder.

—¿Ver a quién? —inquirió con una admirable mezcla de fastidio, aburrimiento y desgano interés—. ¿Quién se ha ido?

—¿Qué le he estado explicando en los últimos diez minutos? ¿No me escuchaba?

—Claro que sí. Es decir, sí. Usted hablaba de... bañeras. Radios. Orson...

—Nada de Orson. H.G. Herbert George. Lo de Orson fue un simple gag. H.G. sí que sabía, o lo sospechaba. Me pregunto si fue simplemente un caso de intuición. No pudo disponer de prueba alguna, pero dejó de escribir ciencia-ficción de modo más bien repentino, ¿no le parece? Pero apostaría que debió saberlo.

—¿Saber qué?

—Lo de los marcianos. Todo esto no nos servirá de nada si usted no escucha. No puede ser de otra forma. El truco consiste en sacar la pistola, con pruebas en la mano. Pruebas convincentes. Nadie ha podido disponer de ellas con anterioridad. Usted es un periodista, ¿no?

Asiendo el vaso. El hombre del traje castaño asintió de mala gana.

—Entonces debería tomar nota en un papel. Quiero que lo sepa todo el mundo. Todo el mundo. Es importante, terriblemente importante. Aclararía todas las cosas. Mi vida no estará a salvo a menos que pueda dar a conocer la información y hacer que la gente la crea.

—¿Por qué no estará a salvo su vida?

—¡Por culpa de los marcianos, bobo! ¡Poseen el mundo! El hombre del traje castaño suspiró.

—Entonces, también poseen mi periódico —objetó—, y no podré publicar lo que no les guste.

—Nunca había pensado en eso —dijo Lyman, mirando el fondo del vaso, en el que dos cubitos se habían fundido fría e inmutablemente—. Pero no son omnipotentes. Estoy seguro de que son vulnerables. Si no, ¿por qué se han ocultado siempre? Tienen miedo de que se les descubra. Si el mundo dispusiera de pruebas convincentes. Mire, la gente siempre cree lo que lee en los periódicos. ¿No podría usted... ?

—¡Ja, ja! —interrumpió el del traje castaño, en tono muy significativo.

Lyman tamborileó tristemente sobre la barra y murmuró:

—Tiene que existir una manera. Quizá sí pidiera otro trago... El hombre del traje castaño probó su collins, cosa que parecía estimularle. .

—¿Qué es todo esto de los marcianos? —preguntó a Lyman—. ¿Por qué no empiece por el principio y me lo vuelve a contar? ¿O no puede recordarlo?

—Claro que puedo. Recuerdo prácticamente todo. Es algo nuevo, muy nuevo. Antes no podía hacerlo. Hasta puedo recordar mi última conversación con los marcianos. —Lyman obsequió a su interlocutor con una mirada de triunfo.

—¿Cuándo fue eso?

—Esta mañana.

—Puedo acordarme de conversaciones que tuve la semana pasada —afirmó indulgentemente el del traje castaño—. ¿Y qué?

—No lo entiende. Ellos hacen que olvidemos, ¿sabe? Ellos nos dicen qué debemos hacer y luego nos olvidamos de la conversación. Es una sugestión posthipnótica, supongo, pero igualmente seguimos sus instrucciones. Hay coacción, por más que

piensemos que tomamos decisiones propias. Oh, son los amos del mundo, sí, pero nadie lo sabe, sólo yo.

—¿Y cómo lo averiguó?

—Bien. En cierta forma mi cerebro estaba algo revuelto. Yo había estado experimentando con detergentes ultrasónicos, intentando elaborar algo comercial, ¿comprende? Pero algo falló, en cierto aspecto. Ondas de alta frecuencia, de eso se trataba. Estaban allí, las oía. Debían haber sido inaudibles, pero yo podía oírlas. Bien, las podía ver en realidad. A eso me refería al decirle que mi cerebro estaba revuelto. Y después de eso, pude ver y oír a los marcianos. Están adaptados, trabajan eficientemente con cerebros ordinarios, pero el mío ya no lo es. Tampoco pueden hipnotizarme. Me dan órdenes, pero no tengo obligación de obedecerlas... ahora. Confío en que no sospechen. Quizá lo hagan. Sí, supongo que sí.

—¿Cómo puede saberlo?

—Por su aspecto cuando los veo.

—¿Cómo son? —preguntó el periodista. Empezó a buscar un lápiz, pero cambió de idea- Tomó otro trago—. ¿Y bien? ¿A qué se parecen?

—No estoy seguro. Puedo verlos, sí, pero sólo cuando están disfrazados.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Cómo son cuando van disfrazados?

—Como cualquier persona, casi igual. Van disfrazados con... apariencias humanas. Imitaciones, por supuesto. Como los Katzenjammer Kids embutidos en pieles de cocodrilo. Sin disfraz, no sé cómo son, nunca he visto ninguno. Quizá sean invisibles, incluso para mí, o simplemente estén camuflados. Hormigas, lechuzas, ratas, murciélagos.

—O cualquier cosa —dijo rápidamente el hombre del traje castaño.

—Gracias. O cualquier cosa, claro. Pero cuando van como humanos, como aquel que estaba sentado cerca de usted hace un rato, cuando le dije que no mirara.

—Aquél era invisible, ¿no?

—La mayor parte del tiempo lo son, a los ojos de cualquiera. Pero de vez en cuando, por alguna razón, ellos...

—Espere —objetó el periodista—. Explíquese con claridad, por favor. ¿Se disfrazan de humanos y luego se hacen invisibles cuando van a todas partes?

—Sólo de vez en cuando. Sus aspectos humanos son imitaciones perfectas. Nadie puede advertir la diferencia. Sólo el tercer ojo los descubre. Cuando lo mantienen cerrado, es imposible adivinar que está allí. Cuando quieren abrirlo se hacen invisibles: ¡zas! Así de rápido. Al ver a alguien que tiene un tercer ojo, justo en medio de la frente, sé que es un marciano y que además es invisible, por lo que trato de no advertir su presencia.

—Entonces, según lo que usted sabe, yo soy uno de sus marcianos visibles.

—¡Oh, espero que no! —Lyman le observó ansiosamente—. No lo creo, aunque estoy bebido. Le he seguido durante todo el día, para asegurarme. Por supuesto, es un riesgo que debo aceptar. Harán todo lo posible, todo, para que un hombre se descubra. Lo sé perfectamente. No puedo confiar en todo el mundo, pero debía encontrar alguien con quien hablar, y... —Hizo una pausa. Se produjo un breve silencio y luego Lyman continuó diciendo—: Cuando el tercer ojo está cerrado, no sé si está o no allí. ¿Le importaría abrir su tercer ojo?

Lyman miró sombríamente la frente del periodista.

—Lo siento —dijo éste—. Otra vez será. Además, no le conozco. Así que desea colocar todo esto en la primera página, ¿no? ¿Por qué no fue a ver al director? Mis artículos pasan por sus manos y son corregidos.

—Quiero que el mundo sepa mi secreto —insistió Lyman—. El problema es: ¿Cuan lejos llegaré? Podría pensarse que me habrían matado en el mismo momento en que empecé a hablar con usted, pero resulta que no he dicho nada mientras se encontraban aquí. No creo que nos tomen muy en serio, ¿sabe? Esto debe de haber sido así desde los albores de la historia, por lo que ya han tenido tiempo para descuidarse. Permitieron que Fort llegara bastante lejos antes de echarse encima de él. Pero, fíjese bien, nunca le dejaron que obtuviera una prueba auténtica, algo que convenciera a la gente.

El periodista murmuró algo en torno a una historia de interés humano que aguardaba en un cajón.

—¿Qué hacen los marcianos —preguntó—, aparte de ir disfrazados a las barras de los bares?

—Sigo pensando en eso —respondió Lyman—. No es fácil de entender. Gobiernan el mundo, no hay duda, pero ¿por qué? —Frunció las cejas y se quedó mirando suplicante al hombre del traje castaño—. ¿Por qué?

—Si gobiernan el mundo, tienen muchas cosas que explicar.

—A eso me refiero. ¡Desde nuestro punto de vista, es absurdo.! Hacemos las cosas ilógicamente, pero sólo porque ellos nos lo ordenan. Todo lo que hacemos, casi todo, es ilógica pura. El demonio de lo perverso, de E.A. Poe. Puede darle otro nombre que empiece con Mí Marciano, quiero decir. Los psicólogos pueden explicar a la perfección por qué un asesino quiere confesar su crimen, pero sigue siendo una reacción ilógica. A menos que un marciano le ordene hacerlo.

—No pueden hipnotizarte para obligarte a hacer algo que viola tu sentido ético —afirmó triunfalmente el periodista.

Lyman volvió a fruncir las cejas.

—No puede hacerlo un humano, pero sí un marciano. Supongo que nos aventajaron cuando nosotros no teníamos más que cerebros de mono, y siempre han mantenido así las cosas. Evolucionaron igual que lo hicimos nosotros, y dieron un paso más. Como el gorrión sobre el dorso del águila: cuando ésta no pudo volar más alto, aquél remontó el vuelo y batió la marca de altitud. Ellos conquistaron el mundo, pero nunca lo supo nadie. Y han estado gobernando desde entonces.

—Pero...

—Pensemos en las casas, por ejemplo. Son incómodas. Horribles, inadecuadas, sucias, nada va bien en ellas. Pero cuando hombres como Frank Lloyd Wright escapan al control marciano el tiempo suficiente para sugerir algo mejor, fíjese cómo reacciona la gente. Odian la idea. Mejor dicho, no ellos, sino los marcianos que les dan órdenes.

—Mire, ¿por qué a los marcianos les preocupa el tipo de casas en que vivimos? Explíquemelo.

—No me gusta el atisbo de escepticismo que se desliza en su forma de hablar —señaló Lyman, poniéndose muy serio—. Les preocupa, sí. No cabe la menor duda. Viven en nuestras casas. No las construimos a nuestro gusto, sino siguiendo las instrucciones de los marcianos, tal como ellos quieren. Les preocupa mucho todo lo que hacemos. Y cuanto mayor es el absurdo, mayor la preocupación. Piense en las guerras. Las guerras no tienen sentido desde ningún punto de vista humano. En realidad, nadie las desea. Pero estamos abocados a ellas. Son útiles, desde el punto de vista marciano. Nos ofrecen una explosión tecnológica y reducen el exceso de población. Y hay otras muchas consecuencias. La colonización, por ejemplo. Pero sobre todo tecnología. En tiempo de paz, si un individuo inventa la propulsión a chorro, resulta demasiado costosa para desarrollarla comercialmente. Pero en tiempo de guerra es preciso desarrollarla. Y los marcianos podrán emplearla siempre que lo deseen. Para ellos no somos más que herramientas, o miembros. Y además, nadie gana las guerras excepto los marcianos.

El hombre del traje color castaño ahogó la risa.

—Eso tiene sentido —dijo—. Debe de resultar agradable ser un marciano.

—¿Por qué no? Hasta ahora, ninguna raza logró conquistar y dominar satisfactoriamente a otra. La derrotada podía sublevarse, o incorporarse a la vencedora. Si uno sabe que le dominan, el dominador es vulnerable. Pero si el mundo no lo sabe... ¿Y qué me dice de la radio? —prosiguió Lyman, cambiando repentinamente de tema—. No hay razón terrenal por la que un humano sensato deba escuchar la radio. Pero los marcianos nos obligan. Les gusta. Piense en las bañeras. Nadie argumenta que las bañeras sean cómodas... para nosotros. Pero son excelentes para los marcianos. Todas las cosas poco prácticas que insistimos en utilizar, aun sabiendo que no son prácticas.

—Cintas de máquina de escribir —interrumpió el periodista, impresionado por la idea—. Pero ni siquiera un marciano podría disfrutar cambiando una cinta de una máquina de escribir.

A Lyman le pareció algo impertinente aquella observación. Afirmó que lo sabía todo acerca de los marcianos, menos una cosa: su Psicología.

—No sé por qué actúan tal como lo hacen. A veces parece ilógico, pero estoy totalmente convencido de que tienen motivos poderosos para todos y cada uno de sus movimientos. Mientras no consiga descifrar esto me hallaré en un callejón sin salida. Mientras no obtenga pruebas, evidencia y ayuda. Debo estar oculto hasta entonces. Y lo he estado haciendo. Hago todo lo que me dicen que haga, por lo que no sospechan de mí, y trato de olvidar lo que me ordenan olvidar.

—Entonces, no hay nada por lo que deba preocuparse. Lyman no prestaba atención. Volvió a enumerar hechos que había protagonizado.

—Cuando oigo caer el agua en la bañera y un marciano chapoteando, hago ver que no oigo nada. Mi cama es demasiado corta, así que la última semana traté de conseguir otra de largura especial, pero el marciano que duerme allí me ordenó que no lo hiciera. Es un enano, como la mayoría de ellos. Mejor dicho, creo que son enanos. Sólo se trata de una suposición, porque es imposible verlos tal como son. Pero siempre pasa lo mismo. A propósito, ¿cómo es su marciano?

El periodista dejó el vaso en la barra casi al instante.

—¿Mi marciano?

—Oiga, por favor. Puedo estar un poco bebido, pero mi lógica permanece inalterable.

Aún sé cuantos son dos y dos. Usted puede saber lo de los marcianos, o no saberlo. Si lo sabe, no hay motivo para que me haga esa rutinaria pregunta: «¿Mi marciano?» Sé que usted tiene un marciano. Su marciano sabe que usted tiene un marciano. Y mi marciano también lo sabe. El problema es: ¿lo sabe usted? Piénselo detenidamente.

—No, no tengo un marciano —contestó el periodista, dando un rápido trago. El borde del vaso chocó contra sus dientes.

—Está nervioso, por lo que veo —observó Lyman—. Claro que tiene un marciano. Creía que lo sabía.

—¿Y qué estaría haciendo yo con un marciano? —inquirió el hombre del traje castaño con un terco dogmatismo.

—¿Qué estaría haciendo sin un marciano? Supongo que es algo ilegal. Si le encuentran solo, sin marciano, lo más probable es que le pongan fuera de la circulación, o algo por el estilo, hasta que alguien le reclame. Oh, usted tiene un marciano, no hay duda. Igual que yo, igual que ése, aquél o el de más allá. Igual que el camarero. —Lyman fue señalando a todos los que estaban en el bar.

—Claro que sí —afirmó el periodista—. Pero todos se irán a Marte mañana y usted tendrá la oportunidad de ver a un buen médico. Ande, será mejor que tome otro trago...

Se volvió hacia el camarero. En aquel momento, Lyman, de forma accidental, se acercó más a él y murmuró apremiantemente:

—¡No mire ahora!

El periodista observó la pálida cara de Lyman reflejada en el espejo que había ante ellos.

—De acuerdo —dijo—. No hay ningún mar... Lyman le propinó un puntapié, rápido y violento, al amparo de la barra.

—¡Cállese! ¡Acaba de entrar uno!

Lyman observó la mirada del periodista y, con fingida despreocupación, dijo:

—Como puede suponer, no me quedó otro remedio más que trepar al tejado en busca de él. Tardé diez minutos en poder bajarlo por la escalera y, justo cuando llegábamos abajo, pegó un brinco, subió a mi cabeza trepando por la cara y... allí estaba otra vez, en el tejado, maullando para que lo bajara de allí.

—¿Qué? —exclamó el hombre del traje castaño con una curiosidad muy comprensible.

—Hablo de mi gato, claro. ¿Qué se pensaba? Es igual, no hace falta que conteste.

Lyman miraba el rostro del periodista, pero de reojo observaba algo invisible que se movía a lo largo de la barra del bar en dirección a una mesa de la parte trasera.

—¿Por qué ha venido? —murmuró—. Esto no me gusta. ¿Lo conoce?

—¿A quién?

—Ese marciano. ¿Es el suyo, por casualidad? No, supongo que no. El suyo debía ser el que se marchó hace un rato. ¿Tal vez se fue para dar un informe, y envió a éste en su lugar? Quizá, podría ser. Ya puede hablar, pero en voz baja. Y deje de mirar a uno y otro lado. ¿Quiere que advierta que podemos verlo?

—Yo no puedo verlo. No me meta en esto. Apáñenselas como puedan, usted y sus marcianos. Me está poniendo nervioso. Además, debo irme.

Pero no se movió del taburete. Miraba disimuladamente por encima del hombro de Lyman, hacia la parte trasera del bar, y de vez en cuando observaba el rostro del propio Lyman.

—Deje de mirarme —dijo Lyman—. Y deje de observar al marciano. Todo el mundo pensará que usted es un gato.

—¿Un gato? ¿Por qué todo el mundo ha de pensar...? ¿Me parezco a un gato?

—Estábamos hablando de gatos, ¿no? Los gatos pueden verlos, muy claramente. Aun cuando estén sin sus disfraces, me parece. A ellos no les gustan.

—¿A quién no le gusta quién?

—A los marcianos no les gustan los gatos, y viceversa. Los gatos pueden ver a los marcianos, ¡chis!, pero lo disimulan, y esto hace que los marcianos se enfurezcan. Tengo una teoría: los gatos dominaron el mundo antes que los marcianos. No importa. Olvídense de los gatos. Esto puede ser más serio de lo que piensa. Sé que mi marciano se ha ido esta noche, y estoy convencido de que el suyo es el que se marchó hace un rato. ¿Y se ha dado cuenta de que ninguna persona de las que se hallan aquí va acompañada de su marciano? ¿No le parece... —su voz se convirtió en un susurro—, no le parece que tal vez estén esperándonos fuera?

—¡Esto es demasiado! —exclamó el periodista—. Y supongo que están en el callejón, con los gatos.

—¿Por qué no se olvida de los gatos y se comporta seriamente por un momento?
—inquirió Lyman.

Guardó silencio, palideció y se tambaleó ligeramente sobre el taburete. Se apresuró a beber un trago para ocultar su confusión.

—¿Qué problema hay ahora? —preguntó el hombre del traje castaño.

—Ninguno. —Otro trago—. Ninguno. Tan sólo que... él me miró. Con... Ya puede imaginárselo.

—Veamos si lo entiendo. Deduzco que el marciano tiene el aspecto..., tiene apariencia humana,

—Naturalmente.

—¿Y es invisible a todas las miradas menos a las suyas? —

—Sí. Precisamente ahora, no quiere que se le vea. Además...

Lyman se detuvo astutamente. Miró furtivamente al otro hombre y luego se quedó observando su vaso:

—Además —prosiguió—, me parece que usted puede verlo. Un poco, por lo menos.

El periodista guardó silencio durante medio minuto. Se quedó completamente inmóvil. Ni siquiera los cubitos del vaso temblaban. Incluso dio la impresión de no respirar. Y no parpadeaba.

—¿Qué le hace suponer eso? —preguntó en tono normal, al cabo de medio minuto.

—Yo... ¿Qué es lo que dije? No estaba escuchando. —Lyman dejó repentinamente el vaso sobre la barra—. Creo que debo irme.

—No, no se irá —dijo el periodista, cerrando sus dedos en torno a la muñeca de Lyman—. Aún no. Vuelva a sentarse. Y bien, ¿cuál era la idea? ¿Adónde quería ir a parar?

Lyman señaló con la cabeza la parte trasera del bar, en la que había una máquina tocadiscos y una puerta con el letrero «CABALLEROS».

—No me encuentro bien. Quizás he bebido demasiado. Me parece que...

—Sí. No me inspira confianza el que usted vuelva con ese, ese hombre invisible. Se quedará aquí hasta que él se marche.

—Se marcha ahora —dijo Lyman muy excitado. Sus ojos vivaces siguieron algo que se dirigía invisible pero rápidamente hacia la puerta principal—. Mire, ya se ha ido. Ahora permita que me marche yo, por favor.

El periodista miró hacia la mesa de la parte trasera.

—No —dijo—. No se ha ido. No se mueva de donde está. En esta ocasión fue Lyman el que permaneció completamente inmóvil, de forma chocante, durante un buen rato. Pero el hielo de su vaso resonaba de modo audible. Cuando siguió hablando, su voz era blanda, y algo más grave que antes.

—Sí, tiene razón. Sigue aquí. Usted puede verlo, ¿me equivoco?

—¿Nos ha dado la espalda? —preguntó el hombre del traje castaño.

—Usted puede verlo. Quizá mejor que yo. Tal vez haya más de los que pensaba. Pueden estar en cualquier parte. Detrás de usted, vaya a donde vaya, y ni siquiera lo sospechará hasta que... —Sacudió un poco la cabeza—. Quieren estar seguros—prosiguió, como si hablara consigo mismo—. Pueden darte órdenes y hacer que las olvides, pero debe de haber límites para lo que pueden obligarte a hacer. Les es imposible lograr que un hombre se traicione a sí mismo. Han de guiarlo... hasta que estén seguros.

Alzó el vaso y se lo llevó a la boca, inclinándolo exageradamente. El hielo se deslizó y chocó contra sus labios, pero Lyman lo mantuvo allí hasta apurar la última gota de pálido y burbujeante ámbar. Puso el vaso sobre la barra y se encaró con su compañero, El periodista miró a uno y otro lado.

—Se está haciendo tarde —expuso—Ya queda poca gente. Esperaremos.

—¿Esperaremos a qué?

El hombre del traje castaño miró hacia la mesa de la parte trasera y apartó la vista rápidamente.

—Tengo algo que quiero mostrarle. No quiero que lo vea ninguna otra persona.

Lyman recorrió con la vista el cargado ambiente del angosto local. Y mientras miraba, el último cliente que se hallaba junto a ellos en la barra se metió la mano en el bolsillo, puso algunas monedas sobre la caoba y, muy despacio, se encaminó hacia la calle.

Estaban en silencio. El camarero los miró con un desinterés impasible. Al cabo de un momento, una pareja que estaba en una mesa se levantó y salió del bar, discutiendo en voz baja.

—¿Queda alguien? —preguntó el periodista, en un tono de voz que no llegó hasta el hombre vestido con un delantal.

—Sólo... —Lyman no terminó la frase, limitándose a señalar con un suave movimiento de cabeza el fondo de la sala—. No está mirando. Prosigamos. ¿Qué quiere mostrarme?

El hombre del traje castaño se quitó el reloj de pulsera y buscó algo en la caja metálica. Aparecieron dos diminutas y satinadas fotografías, y las separó con un dedo.

—Quiero estar seguro de una cosa —dijo—. En primer lugar, ¿por qué me ha escogido a mí? Hace un rato, usted dijo que me había seguido durante todo el día, para estar seguro. No he olvidado eso. Y usted sabía que yo era periodista. ¿Por qué no me cuenta la verdad?

Lyman se removió en el taburete. Su semblante era ceñudo.

—Fue por su modo de mirarlo todo —murmuró—. Esta mañana, en el metro. No le había visto nunca, pero me llamó la atención su forma de mirar. Usted miraba cosas que no estaban allí, igual que un gato, y luego apartaba siempre la vista. Pensé que también podía ver a los marcianos.

—Prosiga —dijo tranquilamente el periodista.

—Le seguí. Todo el día. Tenía la esperanza de que usted fuera alguien con quien poder hablar. Porque si averiguaba que yo no era el único capacitado para verlos, entonces aún habría esperanzas. Esto ha sido peor que estar encerrado en solitario. Ya hace tres años que puedo verlos. Tres años. Y he tratado de mantenerlo en secreto, incluso para ellos. Y también he intentado no suicidarme.

—¿Tres años? —El periodista se estremeció.

—Siempre tenía una pequeña esperanza. Sabía que nadie iba a creerme, al menos sin presentar pruebas. ¿Y cómo obtener pruebas? Sólo por eso yo me dije una y otra vez que quizá usted pudiera verlos, y si era así, podría haber otras personas, muchas, las suficientes para reunimos y buscar algún modo de probar ante el mundo...

Los dedos del periodista se movieron. En silencio, deslizó una de las fotografías sobre la barra de caoba. Lyman la cogió nerviosamente.

—¿Una foto nocturna? —preguntó al cabo de un instante. Se trataba de un paisaje bajo un cielo muy oscuro en el que había nubes blancas. Los árboles se erguían blanquecinos contra la negrura. La hierba era blanca, como si la bañara la luz de la luna, y las sombras, difusas.

—No, no es nocturna —contestó el periodista—. Infrarrojos. Soy un aficionado, estrictamente hablando, pero en los últimos tiempos he estado experimentando con película de infrarrojos. He obtenido resultados extraordinarios.

Lyman contemplaba fijamente la fotografía.

—Mire, yo vivo cerca de... —El hombre del traje castaño indicó algo, aparentemente normal, que aparecía en la foto—. Y hay algo raro que aparece de vez en cuando en la película. Pero sólo si es de infrarrojos. Ahora sé que la clorofila refleja muchísimo la luz infrarroja, y por eso la hierba y las hojas quedan blancas. El cielo queda en negro, como puede ver. Hay trucos para emplear este tipo de película. Si se fotografía un árbol con una nube como fondo, es imposible distinguir las dos cosas en la fotografía. Pero fotografiando a través de la niebla se captan objetos distantes, inalcanzables con película ordinaria. Y a veces, cuando enfocas algo como esto... —Volvió a señalar el objeto aparentemente normal—, obtienes una imagen francamente extraordinaria en la película. Como ésa. Un hombre con tres ojos.

Lyman alzó la fotografía hacia la luz. Recogió la otra de la barra y la estudió en silencio. Cuando volvió a dejarlas, sonreía.

—¿Sabe una cosa? —murmuró—. Un profesor de astrofísica de una de las universidades más importantes publicó un artículo muy interesante en The Times, el pasado domingo. Se llama Spitzer, creo. Opinaba que si había vida en Marte, y si los marcianos habían visitado la Tierra, no habría modo de probarlo. Nadie creería a los pocos hombres que los hubiesen visto. No, decía, a menos que los marcianos fueran fotografiados.

Lyman, pensativo, observó al otro hombre.

—Bien —prosiguió—, ya está hecho. Usted los ha fotografiado. El periodista asintió. Recogió las fotografías y volvió a guardarlas en su reloj de pulsera.

—Así lo creía yo —explicó—, pero no estaba seguro. No, hasta esta noche. Nunca había visto uno, no del todo, como usted. No es cuestión de lo que usted denomina «tener el cerebro revuelto» con ultrasonidos, sino de saber dónde hay que mirar. Pero yo los he visto, en parte, durante toda mi vida, igual que todo el mundo. Es esa ligera insinuación de movimiento que nunca alcanzas a ver, como no sea por el rabillo del ojo. Algo que casi está allí..., y cuando miras directamente no hay nada. Estas fotografías me mostraron el camino. No es fácil de aprender, pero puede hacerse.

Estamos condicionados a mirar directamente una cosa, aquello en particular que deseamos ver con claridad, sea lo que fuere. Quizá fueron los marcianos quienes nos condicionaron. Cuando observamos un movimiento en la frontera de nuestro ángulo de visión, resulta casi irresistible no mirarlo directamente. Por eso desaparece.

—Entonces, ¿cualquier persona puede verlos?

—He aprendido mucho en cuestión de pocos días —dijo el periodista—. Desde que tomé estas fotos. Es un problema de entrenamiento. Es como ver una imagen trucada, una composición, después de estudiarla. Camuflaje. Todo se reduce a saber hacerlo, porque, si no, podemos estar mirándolos toda nuestra vida y no verlos nunca.

—Pero la cámara sí.

—Sí, la cámara sí. Me pregunto por qué nadie ha podido sorprenderlos antes, empleando este medio. Una vez los ves en la película, son inconfundibles... por ese tercer ojo.

—La película de infrarrojos es relativamente nueva, ¿me equivoco? Además, apostaría a que hay que sorprenderlos en un fondo tal como ése, o de lo contrario no aparecerán en ella. Como árboles frente a nubes. Es muy delicado. Usted debió de tener la iluminación precisa el día que tomó las fotos. El enfoque ideal, el objetivo en su punto exacto. Una especie de milagro menor. Tal vez no vuelva a suceder de esta manera. Pero... no mire ahora.

Guardaron silencio. Disimuladamente, contemplaron el espejo. Sus ojos se deslizaron por él hacia la abierta puerta del bar.

Y luego se produjo un silencio terrible.

—Nos ha mirado —dijo Lyman con mucha tranquilidad—. Nos ha mirado con... ¡ese tercer ojo!

El periodista volvió a quedar totalmente inmóvil. Cuando se movió, fue para acabar la bebida.

—No creo que sospechen nada todavía —dijo—. La cuestión es conservar oculto esto, hasta que podamos difundirlo ampliamente. Debe de haber algún modo de hacerlo, un modo que convenza a la gente.

—Hay pruebas. Las fotografías. Un fotógrafo competente comprenderá la forma precisa que a usted le permitió descubrir al marciano en la película, y podrá reproducir las condiciones. Se trata de pruebas.

—Las pruebas pueden cerrar ambos caminos. Confío en que a los marcianos no les guste matar, a menos que deban hacerlo. Confío en que no matarán sin pruebas. Pero... —Golpeó ligeramente su reloj.

—Ahora somos dos —intervino Lyman—. Debemos atacar unidos. Ambos hemos roto la gran regla: no mire ahora.

El camarero estaba al fondo, desconectando el tocadiscos.

—Es mejor que no nos vean juntos, salvo que sea necesario —dijo el periodista—. Pero si volvemos mañana por la noche a este bar, a las nueve, para tomar algo, no será nada extraño, ni siquiera para ellos.

—Supongamos que... —Lyman dudaba—. ¿Puedo quedarme con una de las fotografías?

—¿Porqué?

—Si uno de los dos tuviera un accidente, el otro conservaría aún una prueba. Suficiente, quizá, para convencer a las personas adecuadas.

El periodista dudó un momento, asintió y volvió a abrir su reloj de pulsera, entregando a Lyman una de las dos fotografías.

—Ocúltela —dijo—. Es evidencia. Le veré aquí mañana. Entre tanto, tenga cuidado. Recuerde que debemos actuar sobre seguro.

Se estrecharon la mano con firmeza, mirándose uno a otro en un instante de silencio decisivo. Luego el periodista se volvió bruscamente y salió del bar. Lyman permaneció sentado. Entre dos arrugas de su frente hubo un movimiento de pestañas desplegándose. Poco a poco, fue abriéndose un tercer ojo que siguió los pasos del hombre del traje castaño.